

Juan David Zuloaga

MAQUIAVELO
Y LA CIENCIA DEL PODER

Granada
2013

© JUAN DAVID ZULOAGA.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

MAQUIAVELO Y LA CIENCIA DEL PODER.

ISBN: 978-84-338-5599-2. Depósito legal: GR-2.118-2013.

Edita: Editorial Universidad de Granada.

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Diseño de la cubierta: José María Medina Alvea.

Fotocomposición: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L. Granada.

Imprime:

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Yo, por mi parte, no puedo escribir sino
lo que sé ni saber sino lo que puedo.*

Nicolás Maquiavelo a los Diez de la Libertad.

20 de octubre de 1502.

No puedo dedicar este escrito porque, aunque razonable, me parece demasiado modesto. Este escrito que habla de la filosofía y del hombre, estas líneas que tejen sutiles argumentaciones sobre el mundo debíeráselo dedicar a mi hermana Marcela a quien le tocó en suerte este triste mundo que todos compartimos y que somos incapaces de que sea mejor para que ella sonría un día; un solo día. Pero el resultado no es bueno; es, eso sí, lo mejor que he podido dar, que no es mucho; ahí esta el epígrafe, caro lector, para recordártelo. En todo caso dedico a mi hermana Marcela el esfuerzo que ha dado como resultado estas líneas. Y si alguna página, algún párrafo, alguna frase fuere bella, si alguna coma fuere digna de ser dedicada, esa estaría dedicada a ella, porque las pasiones son las mismas y el mundo sólo empeora, pero yo no puedo explicarle eso; nada puedo contra la mezquindad de los hombres, contra la pobreza del mundo, llorar sí, algunas veces, como cuando escribo estas tristes líneas teñidas de conmovedor azul...

LIMINAR*

Hablar sobre Nicolás Maquiavelo, amable lector, no es tarea fácil. Son muchas las calumnias y muchos los malentendidos que sobre su obra y sobre su persona pesan. He intentado estudiar la obra de Maquiavelo sin caer en la crítica gratuita como ha sucedido con muchos de sus detractores a lo largo de la historia, aunque sin llegar a la alabanza irreflexiva. He intentado conservar un justo medio (si ello es posible).

La preocupación central en la obra y en la vida de Nicolás Maquiavelo fue la política. Para los años en los que vivió, los avatares políticos y las intrigas de los reyes, de los señores y de las repúblicas hacían que el destino y la grandeza de los Estados variaran rápidamente. Y Maquiavelo se daba cuenta de ello. Se daba cuenta, también, de que tales cambios no eran obra del azar, sino de las acciones, prudentes o no, de los hombres. De allí que confiase en una manera que podría traer grandeza perdurable a los Estados: un arte del gobierno y una ciencia de la política. A ello dedicó, tanto en su trabajo en la Cancillería como en sus obras filosóficas, sus mayores esfuerzos vitales.

* Agradezco a Marcela Forero Reyes y a Iván Orozco los comentarios que realizaron a una versión preliminar del texto.

Cada uno de los capítulos del presente escrito, estudia algunos temas —los más importantes de sus preocupaciones políticas y filosóficas, a mi juicio— que intentan traer luz sobre la obra y el pensamiento de Nicolás Maquiavelo. Cada uno de los temas de los capítulos remite al problema de lo político en la obra de Maquiavelo. Algunos estudiosos se han detenido bastante en la discusión sobre la importancia de la forma de gobierno en la obra del pensador florentino. Que si conviene el principado, que si la república ofrece mejores soluciones a los ciudadanos,... y han intentado establecer cuál manera de gobernar conviene a un régimen político. Maquiavelo respondería que la única manera sabia de gobernar y que, por ende, el mejor gobierno es el que se sustenta en la virtud; tanto del gobernante como de los gobernados. No hay tal escisión en la obra de Nicolás Maquiavelo conforme algunos críticos han pretendido. Hay continuidad: en sus escritos filosóficos, en su correspondencia oficial y privada, e incluso en sus escritos literarios encontramos unas mismas preocupaciones, unas mismas preguntas y, lo más importante, unas mismas respuestas. No me he detenido en cuál forma de gobierno conviene a los Estados, porque creo que esa no era la preocupación central de Maquiavelo; he intentado estudiar, en cambio, cuál es la razón de ser del Estado según la concibe Nicolás Maquiavelo, para qué le sirve a los hombres y cuál es su misteriosa e imperativa naturaleza que hace que pueda escamotear fuertes y profundas barreras (políticas, sociales, morales) para su preservación. A este tema está dedicado el último capítulo

de este escrito. En el primero hago una introducción al pensamiento de Maquiavelo, los capítulos restantes (incluido el de la religión) están dedicados a estudiar diversos aspectos de un único problema: el del Estado y el de la política.

Se ocupa, pues, el presente escrito de cinco temas centrales para el desarrollo del presente texto. Cada uno de tales temas se trabaja en un capítulo. En el primer capítulo he intentado mostrar las claves del pensamiento de Nicolás Maquiavelo. Muestro cómo el aforismo es la base del pensamiento de Maquiavelo y cómo ello supone que, en términos generales, su pensamiento esté más cerca de la reflexión filosófica que del quehacer científico. El problema de la ciencia, entonces, para el pensamiento y la obra de Nicolás Maquiavelo lo trato también en el primer capítulo.

En el segundo capítulo me he ocupado de dos categorías centrales para el pensamiento de Nicolás Maquiavelo, a saber: la fortuna y la virtud. Explico cada una de estas categorías, muestro cómo se relacionan y cuál es su importancia en el conjunto de la obra. Además, muestro, para el caso de la virtud, que la definición maquiaveliana supone un giro drástico con respecto a la concepción renacentista e, incluso, humanista de su tiempo; y un giro más drástico aún, con respecto a la concepción cristiana. Son dos categorías que, hasta cierto punto, le permiten a Maquiavelo explicar el acontecer político y social en el mundo.

En el tercer capítulo estudio la concepción que de naturaleza humana tiene Maquiavelo. Resulta de gran importancia este tema, porque entendiendo la

condición humana, se puede explicar el actuar de los hombres en el mundo (su actuar político), sus miserias, sus mezquindades y sus grandezas. Nicolás Maquiavelo conoce perfectamente la naturaleza humana. Muchos de sus aforismos y reflexiones son el resultado de su conocimiento preciso de la condición del hombre; y este conocimiento explica el que la obra de Maquiavelo perdure hasta nuestros días. A un tipo de hombre, a una naturaleza humana le corresponde un mundo social y político. La concepción realista que Maquiavelo tiene de la naturaleza humana, su concepción del hombre le permite, hasta cierto punto, explicar el mundo que nos tocó en suerte.

En el cuarto capítulo abordo el problema de la religión. Dentro del pensamiento de Nicolás Maquiavelo es un tema importante si se entiende que la religión tiene un fin social. Sin embargo, el tema goza de mayor importancia, porque se ha pretendido, gracias fundamentalmente a los consejeros de príncipes de la Contrarreforma, que Maquiavelo era un hombre ateo y sin religión. Otra de las grandes mentiras que no cesan de repetirse sobre el tan calumniado pensador florentino. Analizar el estado de la religión y la manera como el hombre del Renacimiento se relacionaba con la misma ha sido la tarea de este capítulo.

Por último, estudio la cuestión del Estado. Nicolás Maquiavelo no sólo trabajó para la segunda Cancillería del gobierno de Florencia, sino que también fue parte del destino de la política europea del siglo XVI. Una de sus grandes pasiones —no cabe duda— fue la política. Racionalizar la acción política para obtener mejores

resultados, para engrandecer a un Estado y a una nación fue la gran empresa teórica y vital de Nicolás Maquiavelo, por eso me he ocupado de la cuestión del Estado en su tiempo y en su obra. Estudio el problema del Estado, entonces, desde dos perspectivas, a saber: la constitución interna de los Estados y su relación con las leyes y la justicia, y un aspecto externo que consiste en estudiar el carácter de las relaciones entre los Estados.

Por último, no he dejado de estudiar sus obras literarias porque allí sobresalen y brillan con sorprendente resplandor aspectos que bien valen la pena de ser resaltados y que permiten complementar amablemente la explicación sobre el pensamiento de Nicolás Maquiavelo. Además, en muchos de sus escritos literarios está patente, explícita, bellamente escrita su *filosofía* y su concepción del hombre y del mundo.

Cierro el escrito con un epílogo que pretende concluir este breve recorrido sobre los temas que juzgo centrales en la obra y el pensamiento de Nicolás Maquiavelo.

Si las citas, amable lector, te parecen demasiadas observa que la gran mayoría son citas textuales de la obra de Nicolás Maquiavelo. Para un pensador que ha sido tan calumniado y tan mal comprendido conviene citar textualmente sus frases y sus máximas cuando se expone alguna idea que no cuadra con el imaginario que de Nicolás Maquiavelo se tiene y con los lugares comunes que sobre su obra se han dicho y se continúan sosteniendo; que sirva esto como excusa para la aparente prolijidad de las citas.

Este escrito que habla sobre Nicolás Maquiavelo pretende un doble homenaje para uno de los más grandes pensadores dentro de la tradición de la filosofía política en Occidente. Primero, hablar con verdad sobre su obra; buscar un justo medio tal y como arriba anunciaba. Y segundo, pretendo hablar con sencillez y con belleza sobre su obra, tal y como él le hablaba siempre al lector. No todos, desde luego, casi nadie, mejor sería decir, podría hablar con la concisión y la belleza que encontramos en los escritos de Nicolás Maquiavelo, bien políticos o filosóficos, bien literarios; no obstante hago mi mejor esfuerzo para hablar si no con belleza, por lo menos con claridad al lector. He querido hablar con justicia y con verdad sobre una de las figuras más lúcidas y más difamadas del pensamiento filosófico occidental. Si lo logro o no, juzgarlo es tarea que le compete al lector y no a quien ahora escribe estas líneas.

I
EL PENSAMIENTO DE NICOLÁS
MAQUIAVELO Y EL PROBLEMA DE LA
CIENCIA EN SU OBRA

El pensamiento de Nicolás Maquiavelo, como el de cada filósofo y el de cada individuo, está íntimamente ligado con las circunstancias políticas, sociales y económicas que le fueron dadas vivir. Ocurre entonces que por esas mismas circunstancias el pensamiento de Maquiavelo y sus ideas se circunscriben a un ámbito particular y delimitado. Ciertas ideas, ciertos supuestos, también ciertas sospechas penetran cada una de sus páginas, incluso sus escritos literarios.

Es evidente que cada individuo posee un mundo intelectual limitado, pues no es posible un conocimiento infinito. Sin embargo, también resulta evidente que a algunos pensadores les preocupan diversas cuestiones que incluso —por lo menos en apariencia— pueden estar separadas unas de otras. No es el caso de Nicolás Maquiavelo. En su obra vemos ciertas preocupaciones filosóficas (tal y como es el carácter de todas las preocupaciones auténticas), que en últimas remiten siempre a dos problemas fundamentales, a saber: el problema de la política o de lo político y el problema de la naturaleza humana. Dos problemas que están estrechamente interrelacionados, puesto que a una cierta naturaleza humana le corresponde como consecuencia un mundo (social y político). Intentar entender la naturaleza humana, para tratar de entender el mundo y para

tratar de modificarlo (mediante la política) fue la gran apuesta de Nicolás Maquiavelo. No se puede afirmar que en sus escritos literarios estuviesen presentes estas mismas pretensiones (ni siquiera tácitamente), sino que en ellos también encontramos o percibimos las mismas preocupaciones y las mismas respuestas que encontramos en sus obras políticas; preocupaciones y respuestas que habrían de perseguirlo durante toda su vida.

Sólo conociendo con exactitud la naturaleza humana se pueden pensar soluciones y estrategias para permanecer en el poder, para engrandecer y hacer más glorioso un Estado, para sobrevivir en el mundo. Estas son, entonces, las preocupaciones que habrían de desvelar al filósofo y las respuestas intentaría buscarlas en la naturaleza humana, en la condición del hombre. Este conocimiento provino de dos fuentes: la primera y más inmediata, del trato directo con sus contemporáneos. No sólo con sus amigos y conciudadanos, sino muchas veces con las figuras políticas más influyentes de su tiempo; recordemos que gracias a su trabajo como secretario de la segunda Cancillería en Florencia, y debido a las legaciones que se le encargaban, le fue dado conocer a César Borgia, al rey Luis XII de Francia, al emperador Maximiliano, a Catalina Sforza, al papa Julio II entre otros. La segunda fuente de donde obtenía el conocimiento de la condición humana fue la lectura constante de la

vida de los grandes hombres: la *Historia de Roma* de Tito Livio —en un ejemplar que su padre Bernardo ganó por preparar el índice de lugares geográficos de la obra para el editor Nicolás della Magna—, las *Vidas paralelas* de Plutarco, así como escritos literarios clásicos y los grandes nombres de la literatura italiana (Dante, Petrarca, Boccaccio, Ariosto, etcétera). Y estudiaba la historia porque «quien quiera ver lo que será, considere lo que ha sido, porque todas las cosas del mundo tienen siempre su correspondencia en sus tiempos pasados. Esto sucede porque, siendo obra de los hombres, que tienen y tendrán siempre las mismas pasiones, conviene necesariamente que produzcan los mismos efectos»¹. Y por ello, de cierta manera, se puede hablar de una inmutabilidad de la condición humana. Además, encontraba en la historia no sólo los errores que conducían a la ruina a un Estado, sino también las soluciones y medidas que los hacían grandes.

Fueron también las circunstancias políticas que lo afectaron directamente —con el retorno de los Medici a Florencia en el año de mil quinientos doce, se entiende— las que de cierta manera lo impulsaron a escribir sus obras políticas; obras que han hecho su nombre inmortal. Es de suponer que un hombre que con extremo celo cumplía las obligaciones propias de su exigente oficio —aspecto que le sirvió para granjear-

1. Maquiavelo, Nicolás. Discursos sobre la primera década de Tito Livio. Alianza Editorial. Madrid. 2003. Libro III. Capítulo 43. P. 435.

se no pocos celos y no pocos detractores— y que por ende poco tiempo tenía para sí y para su familia (tal y como se puede apreciar en la correspondencia con sus amigos, en la que se leen las continuas quejas de su mujer por la falta de cuidado que le dispensaba; debido a las constantes legaciones que el gobierno de Florencia le asignaba y no a inhumana frialdad como podría creerse); es de suponer, ya digo, que nunca o que difícilmente hubiera escrito las obras que le legó a la posteridad (en especial sus obras políticas). Esto, no obstante, no implica que sus obras políticas (o algunas de ellas) sean el resultado de la desesperación en la que se vio sumido tras la caída del régimen florentino y el retorno de los Medicis a Florencia en el año de mil quinientos doce tal y como se ha pretendido, sino que se dedica a plasmar y a sistematizar un conocimiento que había adquirido por medio de las experiencias políticas que le tocaron en suerte y por medio de la lectura de los clásicos². Ideas que aparecen en sus escritos oficiales (en su correspondencia o informes a los Diez de la Libertad o a la Señoría como en *De la manera de tratar a los pueblos sublevados del valle del Chiana* o en sus informes un poco más informales que escribiera a la manera en que era usual entre los embajadores italianos, tales como el *Retrato de los asuntos de Francia* o el *Discurso sobre los asuntos de Alemania*

2. Recordemos que *El príncipe* se escribe entre junio y diciembre de 1513 y los *Discursos* comienzan a redactarse ese mismo año de 1513, antes de la redacción de *El príncipe*, pero se terminan de escribir tiempo después.

y sobre el emperador) o en sus escritos privados (como, por ejemplo, en el importante documento para la génesis del pensamiento de Maquiavelo escrito en mil quinientos seis, conocido como *I Ghiribizzi*³ a Soderini).

De esta manera, se puede afirmar que las ideas contenidas en sus escritos políticos no dependen o no son el resultado de los cambios de gobierno de la ciudad de Florencia o de las vicisitudes que a Nicolás Maquiavelo le tocaron en suerte, pero la posibilidad de expresarlas y de redactarlas como un libro y no como ideas sueltas que en su correspondencia se podían leer, son el resultado de verse libre de las obligaciones que su empleo suponía, debido al cambio de régimen, por lo que gozó de mayor tiempo libre para redactar sus obras; obras que, de otro modo, difícilmente hubiesen visto la luz. Así pues, tras la caída del régimen se retira a su casa de campo en Sant' Andrea in Percussina y, con el tiempo a su favor, comienza a escribir y a organizar sus reflexiones. No obstante, tal y como queda enunciado, sus ideas no son el resultado de la contingencia en la que se encontraba, sino la sistematización de un conocimiento que había venido madurando desde años atrás. En muchos de sus primeros escritos, en efecto, ya vemos al Maquiavelo de *El príncipe* y de los *Discursos*. Esta continuidad en

3. Ghiribizzi puede traducirse como fantasías o caprichos. Algunos editores han titulado este escrito —que hace parte de su correspondencia privada; recordemos que es una carta a Giovan Battista Soderini escrita en mil quinientos seis— como *Fantasías escritas en Perugia a Soderini*.

su línea de pensamiento desmiente la hipótesis según la cual su concepción sobre la naturaleza del hombre y de los gobiernos (entre otros planteamientos) fue el resultado de una contingencia política y no de un profundo convencimiento filosófico.

Por lo demás, muchas de sus ideas —importancia de la historia, imitación de los grandes hombres de la Antigüedad, superioridad del mundo antiguo en muchos órdenes y muchas esferas— eran comunes en su tiempo, pero Maquiavelo las organiza y las expone bajo una nueva luz dando como resultado y trayendo a la discusión filosófica y política nuevos temas y nuevas preocupaciones⁴: la autonomía de la política respecto de la religión, el problema del idealismo moral con respecto al realismo político, el problema de los fines y los medios que supone el actuar político —e incluso, el actuar individual, puesto que tal problemática no es propia de (lo que hoy llamamos) la esfera pública, sino de la interacción entre los hombres (la esfera privada, en sentido lato)—, entre otros.

La concisión y la belleza caracterizan su estilo. Y las más de las veces (en sus obras políticas, aunque

4. A este respecto Cf. Butterfield, Herbert. Maquiavelo y el arte de gobernar. Editorial Huemul. Buenos Aires. 1965. P. 30. Véase también Chabod, Federico. Escritos sobre Maquiavelo. Introducción a *El príncipe*. Fondo de Cultura Económica. Méjico D.F. 1994. P. 21, 23.

también en su correspondencia y en escritos de diversa índole, salvo los literarios, desde luego) sus escritos consisten en esgrimir un aforismo que explica y glosa mediante ejemplos históricos o sucesos políticos de su propio tiempo. Así por ejemplo, en *Del arte de la guerra* desarrolla aforismos que previamente ha concebido, los glosa, los comenta y los ilustra con ejemplos históricos y luego los recoge nuevamente en el último capítulo de este libro, redactado entre mil quinientos dieciocho y mil quinientos veinte (la única de sus obras políticas que se publicó en vida de Maquiavelo, en el año de mil quinientos veintiuno). Emplea, entonces, la historia y los ejemplos históricos para reforzar el aforismo, para hacerlo explícito al lector sospechoso o incrédulo; y bien pudiera mostrar otros ejemplos históricos para reforzar el mismo aforismo, pero nunca uno que permitiera contradecirlo. Se aferra Nicolás Maquiavelo a ciertas sospechas, a ciertos ideales y los expresa con grata perfección por medio del preciso aforismo, de la límpida máxima, del lúcido epigrama; formas literarias que no necesitan demostración, allí radica su grandeza, allí su verdad. Y por ello, su estilo no podía ser sino de gran concisión y gran belleza, como era de esperarse de quien con tanto rigor cultivó el difícil arte del aforismo; esta es la razón por la que Gennaro Sasso, por ejemplo, criticara la extensión y la conclusión del capítulo XIX de *El príncipe*, y no porque el capítulo fuese confuso o demasiado extenso, sino porque ha acostumbrado Maquiavelo al lector a otro ritmo, a otro tempo y por ello sostiene Sasso que la conclusión es clara cuando se sopesa en los términos generales de su pensamiento,

pero singularmente infeliz en su expresión literaria y en su fuerza de síntesis⁵. Un buen ejemplo de la concisión, la belleza y la lucidez que caracterizan el tono y la obra de Nicolás Maquiavelo es el aforismo que propone en el capítulo XVI de su célebre tratado de política: «Y no hay nada que se consuma tanto a sí mismo como la liberalidad: porque mientras la usas pierdes la facultad de usarla y te conviertes o en pobre y despreciable o para huir de la pobreza, en rapaz y odioso»⁶.

Conoce también Maquiavelo la naturaleza humana que es, desde luego, aquello que sustenta las más de las veces el aforismo. Y sostiene, entonces, Maquiavelo que «los hombres hacen daño o por miedo o por odio»⁷. Y también afirma que «quien crea que los nuevos beneficios hacen olvidar a los grandes hombres las viejas ofensas se equivoca»⁸. Puédese pensar que esta máxima la sostiene a la luz de lo ocurrido entre César Borgia y el papa Julio II, quien terminaría traicionando

5. «La conclusione del Machiavelli è senza dubbio chiara, quando si abbia cura di prospettarla nei termini generali del suo pensiero; ma è singolarmente infelice nella espressione (*sic*) letteraria e nella forza di sintesi». Citado en la nota 31 al capítulo XIX de la edición de *El Príncipe* de Altaya. Maquiavelo, Nicolás. *El príncipe*. Ediciones Altaya. Barcelona. 1993. P. 85. Para las citas sigo esta edición, aunque en ocasiones me permití modificar algunas citas, en aras de la fidelidad del contenido o de la corrección gramatical, siguiendo la edición original. Machiavelli, Niccolò. *Il principe*. Rizzoli Editore. Milano. 1950.

6. *Ibidem*. Capítulo XVI. P. 65.

7. *Ibidem*. Capítulo VII. P. 33.

8. *Ibidem*.

al primero. Pero, ya digo, el hecho de que podamos entender de dónde proviene la conclusión, el hecho de que podamos descifrar la génesis del aforismo, nada de verdad ni de fuerza le resta a la sentencia de Maquiavelo. Por lo demás, todas las reflexiones del hombre, incluso las más sublimes, están mediadas por la contingencia del diario acontecer.

Este conocimiento de la naturaleza humana está estrechamente ligado con otra de las características fundamentales del pensamiento de Nicolás Maquiavelo: un marcado realismo. Siempre está preocupado por describir los asuntos del mundo como son y no como debieran ser. Este es un elemento que se repite en todas las obras políticas (e incluso literarias) del gran pensador florentino. Y por ello critica el que «muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni se ha sabido que existieran realmente; porque hay tanta diferencia de cómo se vive a cómo se debe vivir, que quien deja lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su salvación»⁹.

Y debido al conocimiento de la naturaleza humana y a su característico realismo, se tiene como consecuencia que algunas reflexiones son terribles, pero no por ello menos verdaderas o menos bellas: «La ofensa que se haga a un hombre debe ser tal que no dé lugar a venganza»¹⁰. O sostiene también que «no hay otro medio más seguro de posesión que la

9. *Ibíd.* Capítulo xv. P. 61.

10. *Ibíd.* Capítulo iii. P. 10.

ruina»¹¹; terrible claro, y hay quien quisiera replicar, decir que se equivoca, que no hay que dar tanta cabida al pesimismo, que hay otros medios, otros mundos, otros hombres... pero antes de las réplicas, Nicolás Maquiavelo continúa diciendo «y quien se apodera de una ciudad acostumbrada a vivir libre y no la destruye, que espere a ser destruido por ella»¹².

Pero no sólo esto, también hay grandeza en su obra. Y tuvo Nicolás Maquiavelo el valor —aunque fueron tiempos benignos para el pensamiento y la expresión de las ideas— de defender tesis que por temor o por ignorancia algunos no dijeron. Y su obra tiene también el valor de exponer nuevas ideas sobre la política y el Estado, tales como los diferentes dominios de política y religión y la escisión entre una ética derivada o propia de la religión y una ética derivada o propia del actuar político. Y él no inventó tales cuestiones, por el contrario han sido desde siempre un elemento inherente a la política¹³ (recuérdese, por ejemplo, a Rómulo y Remo, a Caín y a Abel o a José y sus hermanos, por citar sólo algunos ejemplos), pero las puso de relieve, las escribió y explicó cómo se puede hacer uso de tal conocimiento para traer paz, justicia y gloria a un Estado¹⁴.

Y aunque no están exentas sus obras de cierto carácter normativo en tanto considera que el ser humano —y por ende el príncipe— es perfectible, sus obras políticas

11. *Ibíd.* Capítulo v. P. 20.

12. *Ibíd.*

13. Véase el capítulo sobre la religión.

14. Véase el capítulo sobre el Estado.

(y en especial *El príncipe*, aunque sin que la diferencia sea notoria y significativa) están impregnadas de un fuerte elemento político. Así por ejemplo, el capítulo xxvi de *El príncipe* no es más que una invitación al príncipe (aquí es difícil precisar a quién se refiere, tal vez a quien tuviese el ánimo y la valentía para emprender la tarea) para libertar a Italia de los bárbaros (de hecho, el epígrafe del capítulo es *Exhortación a liderar Italia y librarla de los bárbaros*) y sacarla de tan terrible postración¹⁵. Ilusionada invitación que vería sumergir-

15. Anheló por lo demás antiguo. Ya en Petrarca se lee: <<Spirto gentil, che quelle membra reggi / dentro a le qua'peregrinando alberga / un signor valoroso, accorto et saggio, / poi che se' giunto a l'onorata verga / colla qual Roma et suoi erranti correggi, / et la richiami al suo antiquo viaggio, / io parlo a te, però ch' altrove un raggio / non veggio di virtù, ch'al mondo è spenta, / né trovo chi di mal far si vergogni. / Che s'aspetti non so, né che s'agogni, / Italia, che suoi guai non par che senta: vecchia, otiosa, et lenta, dormirà sempre, et non fia chi la svegli? Petrarca, Francesco. Canzoniere. Oscar Mondadori. Milano. 2005. Soneto LIII. P. 129. [Alma noble, que riges esos miembros / en los cuales habita peregrino / un señor valoroso, claro y sabio, / pues el cetro honorable has alcanzado / con que Roma corriges y a los suyos, / y a su antiguo camino la reclamas, / a ti te hablo, pues no observo en otros / un rayo de virtud, del mundo extinta, / ni encuentro quien del mal sienta vergüenza. / Qué espera no lo sé, ni sé qué anhela, / Italia, que su mal quizás olvide: / ociosa, vieja y lenta, / ¿ha de dormir sin despertarla nadie? Traducción de Jacobo Cortines]. Anheló quizá presente en Italia desde los tiempos de la decadencia de Roma que clama por un salvador que la unifique, la haga grande y la libere del yugo de los bárbaros; anhelo que hizo ver a Petrarca un salvador en Cola de Rienzo y, siglos después, a Italia uno en Mussolini...

se en las sombras y la devastación con el tristemente célebre saco de Roma en mil quinientos veintisiete; días después moriría Maquiavelo. Un elemento más que muestra muy bien el fuerte carácter político de sus obras es el hecho de que escribiese en italiano, en un tiempo en que las obras filosóficas e incluso aquellas del talante de *El príncipe* y, en general, del tinte de las obras de Maquiavelo se escribían en latín.

El género literario más difícil de emprender, es sin duda el del aforismo: un mal cuento es un mal cuento, un mal poema es humo, es nada, pero un mal aforismo es una pendejada. Este es el riesgo que se corre y por ello la grandeza del pensamiento y del estilo de Nicolás Maquiavelo. Tiene que estar dotado el aforismo de gran fuerza, de extrema precisión y concisión, de belleza y de verdad. Pero allí mismo radica su gran virtud y es que no necesita demostración.

Esta sorprendente virtud, no obstante, pone de manifiesto un gran problema: si lo que caracteriza los escritos políticos de Maquiavelo es el aforismo y éste no necesita demostración, ¿entonces en cuál sentido se puede considerar a Maquiavelo como el fundador de la *ciencia* política moderna? Bueno, Maquiavelo no es, ciertamente, el ‘fundador’ de la ciencia política moderna por el método, sino porque pretende estudiar los principios universales que permiten explicar ciertos fenómenos políticos. Aquí, podríamos decir, radica el carácter científico de la obra de Maquiavelo:

en las pretensiones de generalización; en su afán por encontrar causas y explicaciones generales y universales. También en el hecho de tener conciencia de que los asuntos de la política son netamente humanos (y no resultado de la voluntad de los hados o de los dioses), en la claridad sobre el hecho de que ciertas acciones darán mejores resultados que otros cursos de acción posible,... en estos aspectos radica el carácter científico de la propuesta de Maquiavelo. Sin embargo, resulta evidente que no podemos llamar científica o, por lo menos, estrictamente científica a una obra que está ahíta de impresiones y de vivencias personales. Y por ello su obra está más cerca de la reflexión filosófica que del quehacer científico; aunque dotada de la verdad del aforismo, de la belleza de la poesía y de la fuerza de la filosofía. Además, en tanto Maquiavelo busca el sustento histórico (incluso cuando los ejemplos históricos están sacados de su propio tiempo) para probar sus sentencias y sus aforismos —tal y como se anotaba anteriormente— presupone el resultado. Y este aspecto, desde luego, no es propio de la investigación científica sino todo lo contrario. Observamos, entonces, una doble dimensión en el pensamiento de Nicolás Maquiavelo: unas circunstancias históricas que lo impresionaron vivamente y de las cuales fue parte y unos estudios filosóficos (también históricos y literarios, se entiende) que se constituyen como el principal sustento de su obra. Esta doble dimensión, pudiera decirse, sostiene y atraviesa todo el pensamiento filosófico e histórico de Maquiavelo (y en no pocas ocasiones sus escritos literarios).